

hoy tremendo bofetón á la cultura desde los altos sitios en que el fetichismo colectivo vino á colocarlos.

¿No habéis tomado nota de la reacción que ha roto su marcha sobre el trigal de la enseñanza pública?

Cuántas humillaciones y desacatos se ha podido infligir al maestro, aun se antojan pocos á los actuales dispensadores de la gracia oficial. Parece como si llegada á la cima de esas ondulaciones que muchos fingen ver en el camino del progreso, la cultura, y con ella la libertad del país, se precipitaran en la pendiente de aquella misma sospechada ondulación.

En frente de estos hechos ¿qué os ha dicho al oído el embrión de conciencia que agita en vosotros—muy débilmente todavía—las manifestaciones de su impulso?

Que estáis condenados al perpetuo engaño, á la desilución más despiadada. Que en donde quiera que reposáis la mirada de vuestra esperanza, sorprendéis al cabo la mueca siempre horrible de la simulación. Que vuestros dioses políticos van resultando ilusorias divinidades cuyas virtudes milagreras se esfuman á medida que la altura es mayor, como se deshace también entre la brisa el humo de vuestros incensarios.

Vuestra conciencia os dice bien. Pero eso que á primera vista juzgáis negro atributo de la condición humana, no es sino gaje obligado del problema político en que malgastáis tesoros de voluntad y diligencia, dignos de más honrado intento.

Mientras del Estado esperéis la venturosa suerte á que sois acreedores por mandato incontrastable de la Naturaleza, y á él dirijáis las fuerzas propulsoras de vuestra energía, siempre hallaréis al final de cada esfuerzo el mismo vacío en que la duda escribe el signo de su interrogación abrumadora.

Es otro, hermanos, el camino á cuyo término están las realizaciones anheladas.

Mientras la enseñanza sea un instrumento cualquiera en manos del Go-

bierno, sufrirá esas alternativas de auge y menoscabo en que la vemos de continuo. Y esto que para algunos es accidente evolutivo, que consolidará á la postre su glorioso predominio, para las cerebraciones revolucionarias, entre las cuales la suerte colocó á las nuestras, retarda indefinidamente la victoria apetecida.

Porque decidme. Impartida la instrucción á los pueblos por individuos supeditados de todo en todo al interés político que rige en cada caso, no es una enseñanza servil la que se imparte, desprovista ya de las virtudes que la hacen útil y necesaria entre los hombres?

Para los Gobiernos—milagrosas condensaciones de la fuerza—los maestros son unos empleados cualesquiera de sus dependencias, de quienes exige callada sumisión al plan que regula su existencia política. ¿Cómo queréis que vuestros hijos atesoren los caudales de altivez y de salud moral que la ciencia prodiga, si esa ciencia deformada por el temor, se les da como simple forma retórica en el mismo plato en que les son servidas las revelaciones de una realidad completamente en desacuerdo con las aspiraciones aprendidas?

Públicamente se veja á todas horas la autoridad del Magisterio. Es más, se aprovechan los menores motivos para vilipendiarla. Decid, ¿qué pasará en el pensamiento de los niños que miran tales hechos entre el más cobarde y pernicioso de los silencios?

No, es necesario arrebatarse al Estado los tesoros de la Enseñanza. Vosotros podréis hacerlo gradualmente, comenzando á meter bajo su peso vuestros hombros.

El momento es propicio. El desdén por los asuntos de la educación popular de que hacen ahora gala los que en un tiempo fueron tenidos por sus más garridos paladines, nos está invitando á darle amparo.

Ya que el Gobierno la abandona, tomémosla nosotros para llevarla en triunfo.

Acuerpemos todos esos movimientos